

**AYER,
MAÑANA**

BENITO RABAL

**AYER,
MAÑANA**

algaida



Primera edición: 2023

© Benito Rabal, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-792-7

Depósito legal: SE. 11-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mis hijos, a mis nietos, a Sandie.
A todos vosotros que ya sabéis quiénes sois los que digo.*

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

I

CUANDO SUPO QUE SU HIJO HABÍA MUERTO, LA MADRE del Jebo no lloró. El Jebo había nacido un 24 de diciembre y ella, convencida de que era la reencarnación de Jesucristo, pensó que, como este, acabaría resucitando. No era por tanto una despedida, sino solo un hasta pronto.

La madre de Jebo era portera de un edificio de clase media de Madrid en una calle de nombre tan rimbombante como estrecha y oscura. Hacía un año que mi amigo había muerto en Francia. Habíamos estado exiliados juntos y solo cuando regresé a mi país, tras la amnistía, había podido ir a verla. Me pareció que tenía la cabeza un poco ida, seguramente por el dolor que no había podido escapar ahogado en lágrimas. El Jebo había muerto en una explosión al detonar el petardo que habíamos decidido ponerle a Fraga Iribarne, entonces ministro de la Gobernación, y a su colega Poniatowski, el ministro de Interior francés. Yo tenía que haber muerto con él. Tal vez

por eso me decidí a ir a verla. Al menos eso le debía a la pobre mujer.

El padre del Jebo era militar, según me enteré gracias a una noche de petas y cervezas después de años de ser como hermanos. Pero así era entonces. Era, más que militar, legionario, pero de los de África. Eso imprimía carácter. Yo empecé a fumar grifa gracias a los *lejías* que venían de Marruecos para el desfile de la Victoria el primero de abril. Llegaban con los cañones cargados de yerba y hachís y se instalaban en el parque del Retiro. Allí íbamos nosotros, chavales inquietos de catorce y quince años, imbuidos de una nueva cultura que nos llegaba a través de la música de los Rolling, los Who, Pink Floyd e incluso los Beatles. Nos vendían la grifa guardada en un cucurucho de papel de periódico, como el de las castañas asadas. Con el papel de plata de los paquetes de tabaco, nos hacíamos unas pipas artesanales y así íbamos en grupo fumándonos la yerba por la calle con toda tranquilidad. Entonces a nadie le llamaba la atención el humo y el olor que salía de aquella pequeña manada de adolescentes. Destacaba más nuestra indumentaria que quería parecerse a la de los *beatniks*, la largura de nuestros pelos, bastante corta en comparación con la de años posteriores, nuestra actitud festiva o que nos acompañaran dos o tres chicas con faldas largas. Ellas tenían más mérito que nosotros a la hora de romper las pocas reglas que entonces rompíamos o al menos creíamos romper. Las mujeres siempre tienen más coraje a la hora de romper. Tal vez porque siempre, o al menos hasta ahora, han tenido más para romper.

Decía que el padre del Jebo era legionario. El Jebo solo le conoció el día de su muerte. Jebo había nacido en una pequeña aldea del sur de Andalucía y allí vivía con su madre mientras el padre guerreaba y hacía sus correrías por el norte de África, manteniendo las últimas colonias del Imperio español y creándose una sífilis en los prostíbulos de la que un día murió. Llevaron el cuerpo a la aldea y allí, tumbado cuan largo era en la cama donde le engendró, el Jebo conoció a su padre, o, mejor dicho, las botas de su padre y las espuelas abrochadas a estas. La corta estatura del niño no le permitía ver más de su progenitor. Una cruz griega de esas de varios brazos forjada en plata de Marruecos de la que pendían unos cascabelitos fue su herencia. Me la regaló el Jebo cuando estábamos en Italia antes de partir a Francia, pocos meses antes de morir. Aún la conservo. Es lo único que me queda de mi amigo, aparte la memoria, porque fotos no tengo. Fotos no nos hacíamos entonces por aquello de lo clandestino.

Ahora, con el paso de los años, me sorprende que supiéramos tan poco unos de otros. Vivíamos juntos, compartíamos todo en nuestras vidas y sin embargo nunca hablábamos de lo más íntimo de estas. Era como si hubiéramos eliminado el pasado. El pasado no tenía cabida. No solo queríamos construir un mundo nuevo, sino que habíamos decidido vivirlo. No teníamos tiempo de esperar al futuro. El futuro en el que creíamos era nuestro presente.

II

TENÍA TRECE AÑOS CUANDO ME ENTERÉ DE LO DE Mayo del 68. Iba caminando por el barrio con mi amigo el Bolita y le solté a bocajarro:

—¿Por qué no nos fugamos y nos vamos a París?

—¿Y por qué París?

El Bolita me contestó extrañado mientras mordía un trozo de bollo con chocolate. Lo del apodo era por algo. Me resultaba curioso que no le extrañara lo de fugarnos, sino lo de París, pero, en fin, como los dos éramos aficionados a las novelas de Salgari y Jack London, debía de ser por eso. París no tenía nada que ver con los paisajes de nuestras lecturas. En alguna ocasión, habíamos hablado de irnos a una isla del Caribe a plantar plátanos y a vivir de la naturaleza. Cuando se lo conté a mi padre, se echó a reír.

—Ya crecerás —me dijo— y abandonarás esas bellas ideas.

Me molestó el vaticinio. Me molesta que la gente crea saber cómo será tu vida solo por haber vivido más años. Las vidas nunca son iguales, pueden coincidir en determinados momentos, pero nunca se repiten. Son exclusivas, como todo ser vivo a excepción de las moscas que, al ser idénticas unas a otras, no conocen la diferencia y por eso son tan pesadas. El caso es que ni nos fuimos a plantar plátanos, ni a ninguna otra parte. El caso es que ahora era París lo que se nos aparecía en el horizonte.

—¿Por qué París? —insistió el Bolita.

—Porque en París está la revolución.

Al Bolita no hacía falta contarle qué era eso de la revolución como a la mayoría de los amigos del barrio. Su padre llevaba ya dos años en la cárcel y no precisamente por robar.

El barrio era una curiosa mezcla de clases sociales y arquitecturas a las afueras de Madrid. En su origen se construyó como una ciudad modelo, con una calle central plagada de árboles alrededor de la cual se alineaban pequeños hotelitos para disfrute de las familias burguesas en la época estival, pero con el tiempo y el aluvión de inmigrantes que venían del campo a la ciudad, al amparo de las coquetas construcciones de principio de siglo, fueron alzándose otras de aspecto urgente y materiales de desecho, casas bajas y chabolas que acogían a los trabajadores de las fábricas cercanas y gentes de todo oficio y condición. A lo largo de la vía del tranvía que recorría la ancha calle arbolada, comenzaron a aparecer kioscos donde daban freidu-

ría y casquería varia. Se mezclaban los olores y sabores, mollejas y gallinejas con los puestos de melones y los encurtidos; el humo de los autobuses que iban del centro al extrarradio, con el tintinear de la campana del tranvía y los fogonazos que despedía el trole al chocar con los empalmes del tendido eléctrico; los pregones de los vendedores ambulantes, el afilador, el que esquilaba perros, burros y ovejas, el que vendía botijos, cántaros y cerámica de Talavera, con las conversaciones en las terracitas que se alineaban junto a las paradas del tranvía. No éramos muchos los que vivíamos allí todo el año, pero sí había un trasiego de personas que se detenían en el barrio esperando uno u otro transporte. Era una suerte de empobrecido nudo de comunicaciones, tan escaso que solo había dos, el tranvía y el autobús, que entonces se llamaba camioneta. También había lugar para las mudanzas. En el cruce de la calle principal con otra que comunicaba el barrio con la civilización, quiero decir con lo que empezaba a ser la ciudad, siempre había aparcadas furgonetas, motocarros y algún pequeño camión que ofertaban portes baratos. Junto a estos, al lado del cine que anunciaba programas dobles, una parada de taxis que casi nunca cogía nadie a no ser que la urgencia de un accidente o enfermedad obligara a ello. La existencia de la parada se debía más que nada a que la cooperativa de taxistas había construido un grupo de casas, una colonia que, en un principio, ocupaban los integrantes del gremio, pero que ahora, en su mayoría, estaban alquiladas a los americanos que trabajaban en la base de Torrejón.

Luego estaba la UVA, literalmente Unidad Vecinal de Absorción. Para la mayoría de los vecinos sus habitan-

tes eran delincuentes y gente a la que no tratar; para mí, no. Allí vivían casi todos mis amigos, repartidores de ultramarinos, aprendices de mecánico, fontanero o simplemente buscavidas. Allí vivía Paco el Chulo. Trabajaba en la droguería y cuando se quitaba la bata gris, que era su uniforme de trabajo, se calzaba unos botines puntiagudos y una chaqueta apretada de terciopelo y se dedicaba a soñar con lo que decía iba a ser su futuro, cantar en un conjunto. Todos creíamos que algún día acabaría triunfando, más por su porte que por su voz, que la verdad, nunca habíamos escuchado. Hasta que llegaron las fiestas patronales que se celebraban en un descampado junto a la parroquia. El vocalista de la orquesta tuvo un accidente de moto y Paco se ofreció a sustituirle. Los músicos le enseñaron el repertorio y Paco, con el aplomo que tenía y su cara de chaval que no había roto un plato, aseguró que se lo sabía, apoyado por todos los del barrio que jurábamos que cantaba muy bien. La primera canción era en inglés. Paco cantó con todas sus ganas, contoneándose como Elvis Presley. Su voz, más desafinada de lo que la orquesta hubiera preferido, resonaba amplificada por los altavoces, rebotaba en los edificios colindantes en construcción y volvía de nuevo a la pista de baile aumentada por el eco:

—*Fucking, fucking, fucking...!*

Era la única palabra que sabía en ese idioma, según los razonamientos del Bolita, porque su madre era puta. No llegó a acabar la canción. El cura habló con el que tocaba el saxo. La orquesta atacó un instrumental y Paco fue invitado a abandonar, más o menos amablemente, el

escenario. A él, sin embargo, no pareció importarle. Finalmente había cantado en un conjunto y se pasó toda la noche pavoneándose, con una sonrisa de oreja a oreja, entre los puestos de churros y tiro al blanco como si fuera una estrella del *rock*. Por eso le llamaban Paco el Chulo. Eran tantas sus pesadillas y tan simples sus sueños, que le bastaba rozarlos para quedar satisfecho.

En la UVA también vivía Jaime el Huevón. Le llamaban así no por el tamaño de sus atributos, sino porque decía que su padre era venezolano y siempre andaba repitiendo la palabra para que todos nos diésemos cuenta de que él era venezolano, aunque solo fuera medio venezolano. Jaime era mayor que nosotros y el cabeza de una familia compuesta por su madre y dos hermanos más pequeños que acabaron muertos por la heroína años más tarde. La madre estaba siempre en la cama, pintándose las uñas y oxigenándose el pelo, suspirando por el padre venezolano de Jaime que los había abandonado bastantes años atrás. El Bolita decía que también era puta, pero es que el Bolita veía putas por todas partes. En realidad, la pobre mujer era una más de las abandonadas por los marines americanos de la base cuando cambiaban de destino y por eso había ido a parar primero al barrio y luego, despojada de marido y dólares, al lugar más cercano que podía permitirse.

Eso pasa siempre. En el barrio no es que la mayoría de las economías fueran muy boyantes. En casa del Bolita, por ejemplo, con el padre en la cárcel, se las veían y deseaban para llegar a fin de mes; los hermanos compaginando estudios y trabajos y la madre arañando de donde

podía. Pero parecía que se sentían superiores a los de la UVA solo por tener una casita arreglada e ir al colegio. Eso pasa siempre. El que ha sido emigrante, cuando vuelve a su tierra mira con malos ojos al que ahora acude a esta; el que estrena zapatos, los hace sonar para que los escuche quien los lleva rotos. Y aunque todos sabían en su interior que sus vidas pendían del mismo hilo que el de los más desfavorecidos, se inventaban historias de puterío y malhechores donde no había más que necesidad de salir adelante por los medios que fueran.

Jaime no era muy alto y, a pesar de su edad, mostraba ya una incipiente calvicie. Tal vez fuera por eso que andaba todo el día haciendo pesas y marcando músculo. Pero para nosotros era un seguro de vida cuando nos enzarzábamos en alguna pelea con los del barrio de al lado o con los americanos. Siempre nos defendía cuando la cosa se ponía fea. Su sola presencia impresionaba a nuestros enemigos. A los americanos les solíamos robar las bicicletas, más que nada, por putearlos. Se las quitábamos, nos dábamos unas vueltas y luego se las devolvíamos. Mentiría si dijera que la inquina que les teníamos era debida a su poderío militar, a la presencia insultante de las bases o a la guerra del Vietnam. Éramos niños y la verdad es que, en el fondo, les teníamos envidia. Tenían cosas que ni nosotros ni nadie tenía. Tenían un mundo moderno, neveras como las que se veían en el cine, repletas de queso en lonchas y pan de molde; congelador con paquetes de salchichas y carne que les mandaban desde las bases de Alemania; aspiradoras, equipos de música, televisión; tenían un cine propio cerca del barrio donde se

podían ver películas que en España estaban prohibidas; podían escuchar la música que a nosotros no nos dejaban; incluso cuando sonaba su himno, se levantaban y se ponían la mano en el corazón, sintiéndolo como algo suyo mientras que a nosotros nos obligaban a cantarlo a todas horas y ni era nuestro ni malditas las ganas de que lo fuera. Y además estaban las chicas americanas. Con esas no nos peleábamos. Se llamaban Lucy, Jenny, Judy... Nombres como en las películas que veíamos en el cine de sesión continua donde siempre echaban una de tiros y una de besos, o una de espadas y otra de besos. En el barrio también había chicas y también tonteábamos con ellas. Estaba Toñi, que trabajaba en una fábrica de bragas; la Callista que nunca supe por qué la llamaban así; Inmaculada, de la que todos estábamos enamorados y que acabó, ella sí, de puta burlándose de su nombre y aspecto angelical. Pero las americanas eran distintas o, mejor dicho, nos lo parecían. Todo lo que escapara a aquella España gris y aburrida nos resultaba más atractivo. Llevaban *shorts* y zapatillas de deporte en vez de faldita plisada, el pelo enmarañado, no se sentaban a cenar más que un sándwich rebotante de ketchup y mostaza que comían a salto de mata, no iban a misa. Así nos parecía, aunque así no fuera.

No nos fuimos a París. Nos quedamos sin ver la revolución. En España también la gente protestaba en la universidad y en las fábricas, pero era más difícil enterarse de lo que pasaba a tu lado que de lo que ocurría más allá de los Pirineos o, al menos, medio enterarse, porque las noticias

tenían su guasa. La palabra *revolución* ejercía sobre nosotros un efecto especial. No sabíamos muy bien qué significaba, pero con solo escucharla un temblor nos recorría el cuerpo. Bastaba con que en alguna canción en inglés se nombrara para que, aun sin saber qué decía la letra, la adoptáramos como buena, casi como bandera.

Luego, pocos años más tarde, con el Jebo, también quisimos irnos a Angola a luchar con el MPLA, a Mozambique con el FRELIMO, a Chile con la Unidad Popular. A Chile estuvimos casi a punto de ir. Ya teníamos el dinero para el viaje y las maletas hechas cuando nos avisó una compañera que trabajaba en Telefónica que se había producido el golpe de Pinochet. Pero entonces ya no veíamos la revolución como si fuera el hada madrina de los cuentos. Entonces ya éramos nosotros parte de esta.

El Bolita tenía más razones para ir a París. Se le había fijado la idea de que, al hacerse revolucionario, conseguiría que otros como él, y además franceses, le ayudaran a liberar a su padre de la cárcel. Creo yo que como tenía la costumbre de no acabarse los libros, o de leerlos a saltos, se le habían mezclado los argumentos de *El conde de Montecristo* con alguna otra novela de Dumas o Stevenson y por eso andaba en esa creencia.

Para ir desde el barrio a la UVA teníamos que atravesar un pinar donde se decía habían acampado las tropas de Napoleón. Cuando íbamos en bicicleta, para evitar los socavones y los troncos caídos, nos metíamos por un camino que pertenecía a la empresa que suministraba el agua,

el Canal de Isabel II. A veces nos sorprendía el guarda y nos perseguía disparando de vez en cuando su escopeta cargada con cartuchos de sal, pero eso, lejos de amedrentarnos, le daba un aliciente más de aventura al viaje. Aquel día les habíamos robado las bicicletas a dos americanos que acababan de llegar al barrio. Estaba ya anocheciendo y enfilamos el camino, apurados porque llegábamos tarde a casa. Además, teníamos que devolver las bicis y los americanos se acostaban temprano. El Bolita pedaleaba a todo meter por la cuesta abajo que había antes de llegar a las primeras casas del barrio cuando de repente se topó con una cadena que habían cruzado de lado a lado del camino. No le dio tiempo a frenar, la cadena le segó de un corte seco el cuello dejándole la cabeza colgando.

En el funeral el cura dijo que Dios se lo había llevado a su lado. ¿Quién era ese Dios que se atrevía a llevarse a mi amigo? ¿Quién era capaz de tanta crueldad?

III

LA CASA DE MIS PADRES ERA UN OASIS EN AQUELLA España que más parecía una comisaría que un país. Allí nos juntábamos los amigos, no importaba la cantidad ni cuántos nos quedáramos a dormir o a comer. Las puertas y la cocina siempre estaban abiertas. En una habitación contigua al garaje instalamos una suerte de local de ensayo donde practicábamos con el grupo de *rock* que habíamos montado entre varios amigos del colegio. Había pocos vecinos, mis padres no estaban casi nunca y si coincidían en casa, soportaban estoicamente el ruido que salía de los amplificadores a todo meter. Entonces ya no estudiábamos juntos, pero la amistad seguía. Estaba Nacho el Comanchero que recibía el apodo por su tez oscura y una larga melena negra que sujetaba para tocar la batería con una cinta a la manera del indio Jerónimo. Nacho era hijo de un estafador profesional y según le fueran los turbios negocios, según tuviera o no éxito en la estafa, sus hijos gozaban o no de una existencia acomoda-

da o paupérrima. A su estabilidad económica no ayudaba el oficio de la madre, jugadora de póker y asidua visitante de varios casinos del mundo. Nacho era algo mayor que nosotros, pero habíamos coincidido en los últimos años que pasamos en el colegio porque dado el vaivén que sufría la economía familiar había tenido que repetir varios cursos. Los padres no pagaban y al hijo le suspendían. Ahora había dejado los estudios y se había colocado de aprendiz de mecánico, harto de tener que cambiar continuamente de colegio y, sobre todo, de sufrir las vejaciones a las que le sometían los dirigentes de los centros cada vez que no recibían el dinero acordado para su educación. Leo tocaba el bajo. Era canario, sobrino de un famoso poeta y primo también de otro poeta que causaba furor en los jóvenes ambientes literarios y rechazo en los antiguos, debido a su carácter y costumbres irreverentes. El primo había estado varias veces en la cárcel y finalmente su madre, una elegante señora de la alta burguesía, acabó encerrándole en un manicomio en donde, entre electrochoque y electrochoque, acumulaba una excelente obra. Como este, Leo tenía un toque de desequilibrio mental, rozando la esquizofrenia, pero igual que toda su familia poseía un aire cosmopolita, era un tipo culto y, además, como tenía doble articulación en los dedos, podía doblarlos de cualquier manera alcanzando con el bajo unos acordes inverosímiles. Lo malo era cuando le daban las paranoias y empezaba a dar gritos de madrugada asegurando que le atacaban las «cucas volonas», que según conseguimos enterarnos un día eran cucarachas voladoras, animal tan repugnante como inexistente en las frías

noches madrileñas. Pero él era así. Conservaba el recuerdo de su infancia en Canarias y el terror metido hasta la médula. Y luego estaba Miguel, Miguel el Americano, Michael Lee Mazurski Porter. Miguel tocaba la guitarra y cantaba. Yo, la otra guitarra.

Miguel y yo nos conocíamos desde los cinco años. Los dos éramos, por así decirlo, rellenitos y eso y los bocadillos que nos intercambiábamos en el patio del colegio nos habían convertido en inseparables. Además, teníamos en común el provenir de familias raras, quiero decir de familias que poco tenían que ver con las del resto de los compañeros, él por extranjero y yo porque mis padres se dedicaban al espectáculo. Ahora eso sería casi un privilegio, un grado más ante los demás niños, pero entonces el no ser de estirpe patria o trabajar en un teatro era motivo de escarnio. Miguel era hijo, por supuesto, de un militar que trabajaba en la base y que yo sospechaba era de la CIA por tanto como viajaba y el secreto que había alrededor de sus viajes. Además, el ambiente familiar no era el mismo que el de otros americanos que conocía. Tenían la misma nevera que los demás con las mismas maravillas empaquetadas que los demás, pero también tenían libros y velas siempre encendidas y tertulias con otros padres no solo americanos, sino franceses, ingleses, alemanes. Era evidente que tenía que ser de la CIA o algo parecido.

Lo de tener libros en aquella época marcaba mucho. Otro amigo, Pepe, cuyo padre era un franquista no solo convencido, sino recalcitrante, se quedó un día a dormir en casa de mis padres. A la mañana siguiente el padre

vino a buscarle y mi madre, muy amablemente, le invitó a pasar. Mientras esperaba a que le sirvieran un café en el cuarto que hacía las veces de biblioteca y pequeña sala de estar, se entretuvo repasando las estanterías repletas de libros. Cuando llegó mi madre con el prometido café el hombre se la encaró malhumorado:

—Son ustedes un poco rojos, ¿no? Lo digo por tantos libros como tienen.

Y, ante la mirada atónita de mi madre, cogió a su hijo prácticamente del pescuezo y salió de la casa. A partir de ese día, cada vez que Pepe se quedaba a dormir, invariablemente aparecía su padre a horas intempestivas de la mañana, llamaba al timbre, y cuando su hijo cruzaba el umbral le arreaba dos sonoros bofetones, imagino que para quitarle lo que se le hubiera pegado de la pasión por la lectura que tenían mis progenitores.

A Pepe y a otros más, el Cerillo, Senegal o Emilio el Búlgaro, los había conocido en el instituto y aunque ninguno tocara en el grupo, nos las arreglábamos para encontrarles puestos dentro de este, como los que leíamos en los créditos de las portadas de los discos. Eran nuestros fieles espectadores que, entre porro y porro, no se perdían ninguno de los ensayos y le daban a la habitación un cierto aire de estudio de grabación, como nos imaginábamos nosotros que eran. El humo que se acumulaba en la habitación, un par de bombillas de colores y la música que tocábamos, que en nada se parecía a la que se acostumbraba a radiar, nos permitían soñar que ya habíamos en-

trado en el parnaso de nuestros admirados músicos y que, como ellos, anunciábamos un mundo nuevo y libre.

Sin embargo, por muy unidos que estuviéramos, los cuatro que tocábamos teníamos algo en común. Los cuatro habíamos tenido la suerte de la elección por parte de nuestros padres, del colegio al que habíamos ido. Era un pequeño hotelito en un barrio residencial dirigido por dos mujeres de aspecto adusto pero poseedoras de una gran ternura. Pugnaban por mantener el centro alejado de las normas educativas, intentando imbuir de la pasión por la cultura a sus alumnos y procurando brindarles una infancia más normal que la que les esperaba en cualquier otra escuela, que en su casi totalidad pertenecían al ámbito religioso. No era solo la forma que tenían de impartir las materias que nos daban. Lo que nos hacía diferentes del resto de los amigos era que nos habíamos educado chicos y chicas juntos, cosa impensable entonces. Como estaba prohibida la educación mixta, cada vez que venía una inspección del ministerio al centro, a los chicos nos escondían. Imagino la extrañeza del inspector, normalmente un anodino hombre gris de perfilado bigotito recortado, porque cuando recorría las aulas, invariablemente, siempre faltaba la misma cantidad de alumnas. Pero, además, no es que no hubieran acudido al colegio, sino que repentinamente se habían puesto enfermas, ya que sus libros y cuadernos yacían sobre los pupitres, abandonados por la urgencia.

Eran visitas inesperadas y cuando Matilde, la mujer que hacía las veces más que de conserje, de ama de llaves,

irrumpía en el aula y daba unas palmadas anunciando nerviosa la presencia del inspector, los chicos, que éramos una franca minoría entre el alumnado, ya sabíamos lo que teníamos que hacer. Sin perder un segundo, nos agolpábamos tras ella apresurándonos por la escalera que conducía al sótano del edificio donde nos encerraban en el cuarto de calderas. Allí permanecíamos bajo la atenta mirada de Matilde que se las veía y deseaba para que nos mantuviéramos en silencio mientras duraba la visita que amenazaba no solo su puesto de trabajo, sino la misma supervivencia del colegio. Sin embargo, la presencia del inspector y el momentáneo encierro en el cuarto de calderas conferían a nuestra rutina un cierto morbo. El placer por violar lo prohibido me producía un cosquilleo en el estómago que superaba el vacío que el miedo a los tremendos castigos a los que nos íbamos a enfrentar, si éramos descubiertos, dejaba en nuestros cuerpos infantiles, castigos que sospechábamos no eran sino el instrumento con el que Matilde nos atemorizaba para que estuviésemos callados. La prohibición siempre se da de bruces con la aventurera curiosidad de la condición humana. Como los alumnos de sexo masculino no existíamos oficialmente, nos teníamos que examinar por libre. Cuando llegaba la época de los exámenes finales, antes de las vacaciones estivales, salíamos de nuestra burbuja de privilegiados y acudíamos a un lóbrego y vetusto instituto en el centro de Madrid a enfrentarnos con la realidad de la que escapábamos el resto del año. Viendo las frías aulas y los descascarillados pasillos, nos imaginábamos una existencia de torturas escolares donde los profesores amenazaban a los

alumnos con varas de mimbre y otros instrumentos de tortura como habíamos leído en los libros de Dickens. Pero lo que más nos sorprendía era que no hubiera chicas, casi ni profesoras. Nos sentíamos desplazados en aquel ambiente donde primaba la testosterona. Por una vez, aunque fuera mínimamente, podíamos experimentar lo que las mujeres sentían a diario en un país donde no podían abrir una cuenta de banco o comprar un electrodoméstico sin permiso del marido o del padre. Nosotros nos educábamos en una especie de paraíso de amazonas, un auténtico matriarcado, en donde a los chicos nos ocultaban, no podíamos asomarnos a la calle o eran extraños los que decidían sobre nuestro futuro académico. Y, aunque rodeados del cariño y cuidado que solo las mujeres son capaces de dar, éramos, por así decirlo, ciudadanos de segunda clase.

De todo eso, de la bondad de haberme criado en la normalidad, sin distinción entre mujeres y hombres, no fui consciente hasta que, a los trece años, tuve que abandonar el colegio y entré en el instituto. Tras los primeros días en los que me sentía un poco perdido entre aquella marea humana de adolescentes, acostumbrado como estaba a convivir con unos pocos compañeros, decidí que tenía que adaptarme a mi nuevo entorno. Salir de la élite que había significado el colegio y darme de cara con la realidad social me hizo sentirme bien, como me pasaba en el barrio cuando me juntaba con los amigos de la UVA. Así que cuando alguien propuso ir a ver a las chicas de un colegio cercano a la salida de clase, me apunté a la expedición. Para mí era algo normal quedar con chicas. Ya

estaba acostumbrado no solo por el colegio, sino por la libertad que me confería vivir en el extrarradio donde la calle era nuestro universo y en este nos mezclábamos unos con otras. Llegamos al colegio femenino, protegido del exterior por una alta valla de rejas que acababan en punta, pero que dejaban ver el amplio patio y a las alumnas que empezaban a salir desordenadamente vistiendo el uniforme verde a juego con una falda escocesa de cuadros marrones. Nosotros esperábamos con aire de hombres de mundo, castigadores, fumando los cigarrillos de los que nos habíamos aprovisionado en el tenderete que estaba a la salida del instituto donde un viejo mal encarado nos vendía caramelos Saci, pastillas de leche de burra, chicles Bazooka y todos los cigarrillos que quisiéramos y pudiéramos comprarle, sin preocuparle, ni a él ni a nuestros mayores, el perjuicio que ocasionaban a nuestra salud. Las chicas se detenían antes de salir a la calle formando corrillos entre cuchicheos, risitas nerviosas y furtivas miradas que nos lanzaban con ese pretendido rubor que la naturaleza infiere a la adolescencia en una suerte de estúpido cortejo nupcial. Había llovido durante toda la mañana y alguno de mis compañeros iba armado de paraguas. Yo imaginaba que cuando las chicas llegaran junto a nosotros, con un poco de fortuna, entablaríamos conversación, nos dejarían acompañarlas hasta la parada del autobús e incluso podríamos quedar para por la tarde o al día siguiente. Hasta le había echado el ojo a una de pelo largo rubio que le caía rizado sobre los hombros. Pero no fue así. Según pasaron por nuestro lado, uno de mis compañeros empezó a dirigirles obscenidades mientras otros